

POESIA Y POLITICA

Siempre son pocas todas las invocaciones que se hagan para que una tarea común sea continuada tenazmente. No existe mayor pecado, frente a las obras del espíritu, que el de abandono. Por ello, el continuo martilleo en torno al quehacer cultural es ya cultura por sí mismo.

Navegan los hombres con vientos encontrados, desatan los apetitos los canes de las pasiones y siempre la vuelta al reposo es el hallazgo de la unidad espiritual. Se diría que el hombre camina permanentemente, para encontrar esas zonas de majestuosa totalidad, en las que un quehacer sirve de explicación absoluta de todos los afanes. Y esto es una cultura. O, por mejor decir, la cultura, como expresión única y unitaria de los anhelos anímicos sobre la tierra.

Pero por ser así, por entrañar los movimientos culturales algo más que la pura especulación gratuita, no es posible, bajo su pretexto, jugar con graciosas abstracciones. El hombre se planta sobre la tierra y por sus venas le sube un temblor que es pasión, alegría, enraizamiento y aventura. Se siente con todo el cuerpo. Se piensa con todo el cuerpo. Y aun con los ajenos. Y no hay, por lo tanto, gran batalla del espíritu que haya sido ganada sin la colaboración encendida del apresuramiento de la sangre.

Cuando las palabras de Franco y de Ibáñez Martín recordaban, frente a los nuevos edificios reconstruídos por la tenacidad de unos ardorosos servidores de España sobre las ruinas de la Moncloa, la gesta heroica de la Universitaria, totalizaban el sentido de una cultura. La invocación de la sangre derramada, del esfuerzo de una juventud y del esplendor de una victoria, era el complemento vital, el respaldo de la historia, a aquellos muros de nuevo erguidos para albergar el denuevo de las falanges de sabios e investigadores, de maestros y discípulos.

Si la serenidad de otras épocas, otros hábitos y otras circunstancias nos permitiera detenernos un instante ante cada obra hecha o cada bandera levantada, podríamos recapitular balances de gozosa satisfacción. Pero el tiempo es acuciante, la obra larga y mucho el apremio. Y a la tarea de la inteligencia es a la que menos va el sesteo sobre los laureles.

Con la solemne inauguración de la reconstruída Ciudad Universitaria—gloriosa herencia de augustos afanes y heroicos sacrificios—, la España de Franco no cierra un ciclo de trabajos, sino que abre una nueva etapa en las tareas de la cultura. En la divisa de los rectores de nuestra Educación Nacional no queda hueco para el ocio. Una continua voluntad de esfuerzo acaba de levantar los muros de la Universitaria, a la par que un largo viento de trabajo empuja a nuestra política cultural.

Saludemos la bandera que en el día inaugural trepó por el mástil del Clínico, para agitar en sus flameos la memoria de la heroica sangre y el aliento de esta España que va día a día granando en realidades maduras.

J. M. A.